

# 3. LA LECTURA DE LA OBRA LITERARIA

*Leer es haber leído.*

Leo Spitzer

A pesar de las distintas formas de abordar la crítica y de los retos a los que esta se enfrenta que ya hemos visto, no debemos perder de vista que la crítica y los conceptos teóricos de la literatura no son inmutables; por el contrario, fluctúan y evolucionan a lo largo del tiempo y mantienen entre sí una relación dialéctica.

Por todo ello, la crítica literaria exige una lectura especialmente atenta y concienzuda. La capacidad de observación del crítico debe permanecer alerta para, por encima de los elementos estructurales o teóricos de la obra —sin desdeñar por ello la importancia de estos—, hallar las razones que consiguen causar una emoción, sea esta positiva o negativa, y dar cuenta de ellas.

La esencia de la reseña literaria radica en la opinión, en la evaluación que el crítico realiza de la obra analizada. Es decir, el crítico ofrece una visión determinada de la obra, visión que debe argumentar basándose en los distintos aspectos que ha podido valorar durante la lectura de la misma.

Por tanto, la crítica literaria exige una lectura atenta, concienzuda, que trate de profundizar en aquellos elementos de la obra reseñada que logran provocar emociones (positivas o negativas, insistimos) en el lector. Se podría decir que la reseña no atañe tanto a la obra como a la lectura de la obra, puesto que define el texto literario, pero lo hace a base de describir el proceso de la lectura.

Así, la escritura de una reseña literaria precisa de un proceso de composición que comienza con la lectura del texto. Por ello, a la hora de leer es recomendable tener en cuenta las siguientes recomendaciones:

- Leer cuando se esté en una disposición apropiada para llevar a cabo una lectura atenta y comprensiva. Preferiblemente, leer con luz adecuada, evitando distracciones o interrupciones.
- Tener dispuesto papel y bolígrafo para realizar cuantas anotaciones u observaciones sean necesarias en el transcurso de la lectura. Al tomar notas, es conveniente incluir el número de la página por si fuera necesario una posterior relectura de un determinado fragmento.
- Conocer el género o la corriente literaria dentro de los cuales se inscribe la obra para poder juzgarla con coherencia. Comprobar el año en que fue escrita, así como qué posición ocupa dentro de la producción de su autor. Para ello, la información sobre el autor y la obra que suele incluirse en los ejemplares suele ser suficiente. Si fuera necesario, podrían ampliarse estos datos más tarde.

- Evitar leer resúmenes, comentarios o propaganda antes de abordar la lectura de la obra. Igualmente posponer la lectura del prólogo del texto (si lo hubiera) hasta haber concluido una primera lectura de la obra. De este modo, evitaremos enfrentarnos a la lectura condicionados por las impresiones de terceras personas.
- Durante la lectura de la obra, preparar un bosquejo de la manera en que se va a elaborar la reseña. Tomar cuantas notas sean necesarias sobre aquellos aspectos que deseemos incluir en la misma.
- Dejar transcurrir un tiempo tras la lectura que nos permita enfrentarnos a la reseña crítica con perspectiva.
- Si fuera necesario, emprender una segunda lectura de la obra o bien de aquellos fragmentos que previamente habremos apuntado y que necesiten una mayor reflexión.

Como ya hemos apuntado, la base de la reseña es la lectura de la obra literaria, y esta debe ser una particular y muy atenta lectura.

A lo largo de ella debemos reparar en los distintos aspectos formales de los que se ha servido el autor: recursos estilísticos que ha utilizado, elección del argumento y manejo de la trama, elaboración de los personajes, empleo de los diálogos, etc. Sin embargo, se debe tener en cuenta que nuestra labor no debe ser una mera anotación de recursos y técnicas, sino una valoración crítica de cómo se sirve de ellos el autor y lo que aportan al conjunto de la obra.

Para ello, es recomendable subrayar aquellas frases, versos o párrafos que sirvan como ejemplo de aquellos elementos que queremos resaltar de la obra. Debemos ilustrar nuestros comentarios, mostrando al lector el origen de las apreciaciones que han surgido durante la lectura, dando así una base empírica a nuestros argumentos.

Además de los aspectos estructurales de la obra que ya hemos mencionado (personajes, diálogos, trama, narrador, tiempo, etc.), se debe fijar especialmente la atención en otras facetas cualitativas del texto, que enlazan con las habilidades del autor para el manejo de los elementos formales, pero también — especialmente— con su estilo literario y su voz.

Nos referimos aquí a aquellos elementos que caracterizan la escritura de un autor: la agilidad de la prosa, la descripción, el uso de la ironía, el lirismo, el humor, la capacidad de transmitir emociones y sensaciones... Esas cualidades que convierten en literario un texto y que emanan del marchamo de cada escritor.

De igual modo, durante la lectura se debe tratar de desvelar la intención del autor, cuáles eran sus objetivos al crear el texto. Es evidente que esta es una tarea especialmente compleja en la que interactúan diversos factores, pero donde son fundamentales la empatía y la sensibilidad, a través de las cuales trataremos de establecer un vínculo con el autor. A pesar de ello, es difícil asegurar que la interpretación que hacemos de la obra coincida con la del propio autor.

Evidentemente, la reseña también debe dejar constancia de aquellos errores o fallos que apreciamos durante la lectura, tanto en el aspecto puramente formal o estructural, como en el estilístico. Relacionado con esto, la reseña también debe señalar aquello que el crítico interprete como objetivos o intenciones del autor para el desarrollo de la obra, que pudieran aparecer esbozadas, pero que no alcanzan a desarrollarse.

En resumen, el crítico debe aprender a mirar la obra contemplándola tal y como la ve —juzgando el conjunto de la obra, lo que esta representa y lo que su lectura provoca—, a la vez que debe intentar verla según la fue construyendo el artista (valorando los recursos de los que el autor se ha servido y si ha alcanzado o no los objetivos que pretendía).

Como hemos visto hasta ahora, durante la lectura del texto a reseñar, el crítico debe tener en cuenta distintos aspectos del mismo para su valoración.

Enjuiciar los elementos formales de la obra, o bien evaluar los recursos estilísticos manejados por el autor, sin ser una tarea fácil, pone en juego los conocimientos de índole teórica del crítico. Ahora bien, para valorar aquello que convierte un texto en literario debe entrar en juego el instinto lector.

El instinto lector pone en juego los conocimientos y experiencias adquiridos por el crítico a través de todas sus lecturas previas, aludiendo también a su bagaje cultural. Y relaciona así la pericia adquirida en anteriores lecturas con la necesaria para evaluar el texto a reseñar, articulando así la propia visión del crítico y su criterio.

Leer un texto no es una tarea simple. En palabras de Constantino Bértolo requiere atención, memoria, concentración, capacidad de relación y asociación, visión espacial, cierto dominio léxico y sintáctico de la lengua, conocimientos de los códigos narrativos, paciencia, imaginación, pensamiento lógico, capacidad para construir hipótesis y construir expectativas, tiempo y trabajo. Leer es encontrar un sentido.

Como vimos en el tema anterior, es posible señalar cuatro estratos dentro de la lectura que influirán en el juicio que de una obra se haga el lector-crítico: lo textual, lo autobiográfico, lo metaliterario y lo ideológico.

Repasémoslos:

Lo textual alude al hecho de que el texto narrativo está compuesto por signos ortográficos, palabras, frases, secuencias, historias, personajes, descripciones, diálogos, reflexiones; pero también por un orden, un ritmo, una composición, una estructura.

El texto es la parte fundamental de la lectura, su pilar y punto de partida. La lectura textual se corresponde con el desciframiento del texto narrativo en cuanto código lingüístico, valiéndose de la asignación de significados a los signos que el texto ofrece.

En resumen, la lectura textual busca simplemente desentrañar el significado del texto en cuanto código.

Por su parte, lo autobiográfico pone en relación nuestra propia experiencia vital con la lectura textual. La confrontación entre la lectura del «yo» y la lectura textual se realiza a nivel de palabra, de acciones y de valores.

A nivel de palabras en cuanto el significado de estas puede aludir a vivencias particulares, creando así connotaciones personales.

Algo semejante se produce en el plano que atañe a las acciones representadas en el texto. El actor afronta las acciones desde dos ópticas: su moral personal y su código de admiración. Es decir, el lector puede reprobear una acción desde su perspectiva moral, pero admirar la ejecución o las consecuencias de dicha acción.

Además, el grado de implicación del lector con las acciones narradas está también ligado a la capacidad de proyección del lector para verse como protagonista (real o fantástico) de dichas acciones.

En cuanto a lo metaliterario, hace referencia a la historia lectora de cada lector, ya que, al leer, éste proyecta sobre el texto aquellas otras lecturas que conforman su biografía literaria. La lectura crea ecos de otras lecturas: un personaje nos recuerda a otro, el estilo de un autor nos recuerda otro escritor, la temática de una novela es la misma que la de otra, etc.

A su vez, la cantidad y el grado de ecos, relaciones y asociaciones tienen que ver con la cultura lectora, la cual hace referencia no tanto a la cantidad de libros leídos como a las cualidades de los mismos.

Por último, lo ideológico alude a la forma de narrarse una sociedad en un momento histórico concreto, como consecuencia de las relaciones (moda, política, tiempo libre, cultura, relaciones familiares y laborales, creencias, valores y demás) que dan consistencia al tejido social. Así, la lectura ideológica sería aquella en que el lector refleja la información de su entorno en el texto, con el objeto de traducir lo global a una escala personal e interiorizarlo.

El conjunto de parámetros cuantitativos y cualitativos respecto a estos cuatro estratos (textual, autobiográfico, metaliterario e ideológico) que pueden ser asignados a cada lector, conforman lo que podemos llamar su urdimbre lectora. Es decir, el conjunto de atributos que lo constituyen como lector y que dará lugar a una lectura única y personal. Y debemos tener siempre presente que la reseña, además de describir la obra literaria extrayendo lo esencial de su contenido y forma, pretende, sobre todo, dejar testimonio de una lectura.

Por tanto, la reseña trasluce el modo en que un lector-crítico se ha enfrentado y ha sentido la lectura de una obra. En resumen, la crítica literaria pone de relieve la experiencia de la lectura, interpretando y evaluando el efecto que tienen las obras sobre los lectores.

Por eso, es importante que el crítico permanezca ajeno a otras opiniones o críticas escuchadas o leídas. En ese sentido, se debe llegar "limpio" a la lectura de la obra: la opinión personal no debe ser alterada por ningún otro elemento más allá de la lectura, análisis y reflexión de la lectura que nos ocupa. Sólo de nuestro acercamiento personal a la obra extraeremos los argumentos que se esgrimirán en la reseña.

Por último, y como ya hemos indicado, no sólo es necesaria una lectura atenta, sino también reposada. Una vez concluida la lectura será necesario alejarse del texto el tiempo necesario, no demasiado, para que todo lo leído pueda reposar y estructurarse de cara a elaborar una reseña desde la distancia justa: nunca demasiado apasionada, pero tampoco fría.

Así, desde la coherencia se abordará entonces la escritura de la reseña crítica buscando ofrecer al lector una visión detallada pero única, puesto que denotará siempre la perspectiva personal del crítico.